

fies

Maestros de la República

María Antonia Iglesias
Periodista

LLEVABA yo mucho tiempo dándole vueltas a la idea de escribir este libro sobre los maestros de la República¹. Aunque tengo que admitir que lo que habitaba en mí no era una idea sino un sentimiento empapado de pasión por una causa, tan perdida como viva dentro de mí, como una llama.

También está en el origen de ese libro la necesidad acuciante de buscar respuestas a algunas otras preguntas que me planteaba, de forma inevitable, cada vez que se nos venían encima aquellas oleadas de canonizaciones de “mártires de la Cruzada”. ¿Quién “canonizaría”, algún día, a estos otros santos que fueron los maestros republicanos y que nunca entrarán en el “santoral” ni en la memoria de la Iglesia? ¿Quién les reconocería la labor generosa y ejemplar que llevaron a cabo con tanto esfuerzo y sacrificio? Y, sobre todo, ¿quién levantaría la negra losa de la calumnia y la difamación con la que la perversidad del franquismo ha cubierto la verdad sobre aquellos hombres y mujeres? Pues bien. Todas y cada una de las personas que hablan en este libro, todos lo que aquí lloran de rabia y rebeldía, son los encargados de llevar a cabo esta misión. Para eso comparecen ante esta página de la historia de la Segunda República todos aquellos que conocieron, amaron y tuvieron el privilegio de recibir las enseñanzas de once maestros que pagaron con su vida su sagrada vocación de repartir cultura y libertad a manos llenas... Ellos, sus hijos, sus nietos, sus amigos y, sobre todo, sus alumnos, han aceptado generosamente, dolorosamente, el reto que les propuse. Y lo han cumplido con creces.

Fueron los maestros republicanos, ante todo y sobre todo, luchadores comprometidos, radicales combatientes contra el atraso, endémico, las más de las veces, de los pueblos en los que desempeñaron su labor. Porque no solo enseñaban en la escuela a sus alumnos, sino que enseñaban también a sus padres a cultivar los campos, a repoblar los montes, a curar a los animales enfermos y, muchas veces, a las personas. Aconsejaban en los pleitos, reconciliaban a los vecinos, redactaban los “papeles” con los que las gentes sencillas trataban de defender sus derechos ante la temida, lejana, todopoderosa Administración... Y en la vida cotidiana de la escuela, aquellos maestros eran mucho más que un maestro; eran, muchas veces, el soporte económico de las familias pobres, que tenían dificultades para dar de comer a sus hijos (...).

Fueron estos maestros republicanos (...) el colectivo más protegido, respetado y reconocido por parte de las autoridades de la República. Y ellos respondieron a ese reconocimiento con una lealtad sin fisuras, empapada de devoción hacia los valores de la libertad y el laicismo. Y esto fue lo que marcó su destino final... Porque durante el periodo de la República el maestro se convirtió en el referente social y político del pueblo (...).

Y el cura pasó a un segundo plano, refugiado en su feudo parroquial, soportando a duras penas la marginación, conspirando, esperando...

1 Este texto, cedido a la revista TE, es un extracto del prólogo de la autora a su libro Maestros de la República. (La Esfera de los Libros) La exposición sobre la escuela de la II República continúa su itinerario por España y fuera de España. Puede consultarse el calendario en www.fieseducacion.org.